

# El cuarto que coincide con un libro

Javier Lorenzo Candel

Quienes leímos *Caída*, uno de los libros más interesantes de Álvaro García (Málaga, 1965), publicado en el año 2002, descubrimos a un poeta de largo aliento, donde la poesía iba construyendo un mundo largo de palabras que daba cabida a la memoria, a la desesperanza y a la posibilidad de salvación como un lenguaje elemental en la propuesta que el poeta malagueño nos ofrecía. Su búsqueda era la búsqueda de un discurso mayor que estaba sedimentando lo que luego sería su producción poética, su mundo a través de un último libro llamado *El río de agua*, publicado en 2005.

Atrás quedaron las preocupaciones que Álvaro estaba intercalando en su manera de acercarse a un trabajo meticuloso, de juegos del lenguaje y hallazgos más o menos afortunados, para dar luz a un registro nuevo, donde la verdad y la vida, esos dos elementos del coraje, se mantiene firmes y definitivos, tan firmes y tan definitivos como la propia existencia.

La verdad y la vida que Álvaro García proponía en *Caída* eran de mudanza, de retiro consciente hacia los refugios donde nada puede hacernos daño. Los versos del libro escondían momentos de destrucción y de incertidumbre, de una identidad aplastada por las circunstancias que, a duras penas, intentaba sobrevivir al desasosiego.

---

Álvaro García: *Canción en blanco*. XXIV Premio Loewe de Poesía, Visor, Madrid, 2012.

Con esa propuesta entre las manos, el poeta estaba ya dando espacio a este otro libro que hoy reseñamos; tanto que la recomendación evidente sería la de dejarse en la lectura del primero antes de iniciar ésta.

Porque *Canción en blanco*, que ha obtenido el premio de poesía de la Fundación Loewe, podría ser la segunda entrega de aquél otro que dormía ya en los anaqueles de las librerías, una entrega que revive, en cierta medida, los resortes que animaron a la escritura del primero para darnos, esta vez en el espacio de lo *celebratorio*, un libro mayor, también de largo aliento, donde un solo poema va marcando el territorio de García como un recuerdo de algunos elementos que marcaron la escritura de *Caída*

Encontramos, pues, el mar, la habitación como un lugar propicio, el amor esta vez presente y en constante presencia, la reflexión que abraza la existencia del poeta, como elementos que han vuelto a su mundo personal para alejarlos del sentimiento antiguo que los jalonaba.

Este es un libro donde la mirada poética nace del *yo* hacia el *vosotros* con la intención de abandonar, consciente de dicho abandono, la utilidad de lo personal para mirar hacia fuera. Quiero decir que el poeta se ha desprendido del refugio personal, de ese dolor no compartido, para trazar el camino nuevo con la idea de abrir el espacio de la mirada, como si su intención fuera desplazar el mundo de sus preocupaciones, aliviadas las propias, en las de los otros.

Al margen de alguna sensación de inconexión, quizá debido a una incursión muy medida en la escritura automática, asunto que no desmerece la obra, Álvaro García mantiene dos planos de acción claramente diferenciados: De un lado, una relación personal, eminentemente cercana, que marca el fondo de una conversación compartida (la figura femenina presente es en este libro la *partener* necesaria para su caudal reflexivo al contrario, como ya vimos, que en *Caída*). De otro lado, el pilar que sostiene el edificio de su propia reflexión ante el mundo, como grupos humanos que pasan, de una filosofía de lo otro descubierta para descubrirse.

Milimétricamente expuesta la una y la otra, el lector tienen la sensación de medir bien los momentos que vienen ocupando los

dos planos que el poeta describe, con un ritmo bien asumido en la lectura. En lo formal, y apoyando la tesis que se defiende, encontramos, además de los endecasílabos por los que transitaba *Caída*, la aparición del heptasílabo y el pentasílabo que hacen más dinámico el ritmo del poema. Un dinamismo que coincide con esta nueva propuesta en donde el mundo planteado por Álvaro García es, de alguna manera, más abierto y luminoso.

Entretanto, versos que van marcando la calidad poética, versos como «Las víctimas que no están en su tumba/ están en la memoria/ de la ciudad que no pudo salvarlas». O, en el plano de relación personal, «es nuestra paz que alarga el irse el sol/ tras las agujas altas de los árboles.» O el excelente verso de cierre: «La muerte tendrá dentro memoria de un sol vivo».

*Canción en blanco*, publicado por Visor, es un paso más en el recorrido poético de un escritor a tener en cuenta, no sólo por su trayectoria pasada, por las notables traducciones de poetas como Larkin o Auden, por las tesis que sostiene sus ensayos, sino también por la intensidad de una luz que, todavía, no ha mostrado su verdadera plenitud ©